

Adolfo Sánchez Vázquez

FEDERICO ÁLVAREZ

Nacido en 1915, en los inicios de la Primera Guerra Mundial (que para Hosbawbn es también el verdadero inicio del siglo XX), Sánchez Vázquez es un excepcional testigo de ese siglo que acaba de pasar. No hay acontecimiento en la centuria pasada que él no haya vivido intencionalmente. Pero, al decirlo (y yo no ando muy lejos de haberlos vivido como él) es fácil que nos recorra un escalofrío por todo el cuerpo. ¡Qué siglo! No creo que haya otro de mayores cataclismos. No estamos locos (y aquí Freud tendría razón) porque hemos simbolizado, internalizado, encarnado, las ideas de justicia por las que pelearon nuestros pueblos (y aquí me refiero también a los hermanos chilenos, argentinos, uruguayos, guatemaltecos, que comparten con los republicanos españoles el providencial asilo mexicano): una herida nunca cerrada, un hervor dentro (hovor: fervor: una marca). Somos hombres y mujeres marcados para siempre por el acontecimiento que nos trajo y por el reguero incontable de muertos que dejamos atrás. Somos un fenómeno histórico vital cerrado, somos también una cierta identidad colectiva hacia dentro, y, al mismo tiempo, compartida, que estamos siempre tratando de definir. En cierto sentido somos supervivientes de algo que se perdió para siempre, pero que, paradójicamente, es una herencia incambiable e inmovible. Lo que Flaubert llamó “educación sentimental” se produjo en nosotros trágicamente. No se trata —desde luego— de hacer balance de ese exilio. No. Me he prometido no hablar de ello ya más. Bastante lo han hecho (y con qué subidos elogios) nuestros entrañables amigos mexicanos, desde Alfonso Reyes y Octavio Paz, hasta Fernando Benítez, Carlos Fuentes o, hace tan sólo unas semanas, nuestro rector, el doctor Juan Ramón de la Fuente, en el banquete de cumpleaños del doctor Sánchez Vázquez. Ese elogio es como la identidad, de ida y vuelta. El exilio se metió en

México y, sin dejar de serlo, fue mexicano. Ése es el mejor elogio que se nos puede hacer. Supimos recordar y heredar la marca de la guerra, pero también vivir la vida de México y convertirla en cosa propia.

MacIntyre ha dicho que el exiliado es un “ser sin ataduras”, libre, con inédita capacidad de elegir en muchos aspectos de la vida, pero, por otro lado, es el más “situado” de los hombres: todo en él depende, gravita, de la condición política que le ha llevado al exilio. Es la nostalgia de un pasado que no volverá y la ilusión de un futuro que es ya una utopía. “Un espacio suspendido entre dos tiempos”, como dice Piglia en su primera novela. En realidad, su nostalgia utópica es ya la del futuro. “El desterrado vive en la constante nostalgia del futuro”, del futuro de su país, obviamente, pero también del mundo.

El exilio es, primero un condicionamiento (no se escoge, es irrefragable, la historia te atrapa y ya no te deja, y más si es un exilio provocado por una revolución derrotada, si el exiliado es “hijo de una derrota”), y luego, una elección. Se ha dicho muchas veces que quien es un exiliado ya no puede dejar de serlo, pero en ese no poder hay mucho de conciencia, de autoconciencia. En contra de lo que dijera Fromm, ¿ser o estar?, Adolfo Sánchez Vázquez ha afirmado que no se trata sólo de ser un exiliado sino de estar, de “cómo se está”, en el exilio.

De todas las mesas del homenaje que en estos días rendimos al profesor Adolfo Sánchez Vázquez está la única que tiene un sentido histórico, bastante terrible, por cierto, que sitúa al maestro Sánchez Vázquez en una situación verdaderamente emblemática. La historia del exilio, de los exilios, tiene la virtud de poner en claro la historia toda de nuestros días, de ese siglo XX que, a pesar de Habsbawn, no parece haber terminado, y que es la historia de la lucha contra el fascismo. Los gobiernos olvidan, por supuesto, los exilios. Pero ellos iluminan la historia. Y cada vez más.

El auge del nacifascismo en Europa echó a tierras de América un sinfín de hombres y mujeres que representaban la levadura intelectual de izquierda del viejo mundo. No digo nombres porque todos los tenemos en la memoria. Luego salieron expulsados de sus patrias, argentinos, chilenos, uruguayos, guatemaltecos, salvadoreños... Hoy el mundo está lleno de exiliados de uno u otro tipo. El exilio se ha convertido en una condición universal.

Pero, de entre todos los exilios —me atrevo a decir—, ninguno ha tenido la historia más larga y, por lo tanto, más desafortada, más políticamente desamparada, más veces traicionada por las potencias democráticas, con un acabamiento más triste e injusto, que el de los españoles.

Y ahora, el ejemplo de Sánchez Vázquez (sus premios, sus doctorados *Honoris causa*, sus homenajes en España) lo pregona. Sesenta y cinco años de exilio han pasado para que España cobre parcial y mezquino conocimiento de él. Uno recuerda los muertos que no alcanzaron ese premio. Y fue, la guerra de España, uno de los momentos estelares de la lucha antifascista de los pueblos.

Con sus noventa envidiables años juveniles Adolfo Sánchez Vázquez va y viene de España, una, dos, tres veces cada año, para decir allí lo que aquí ya es por demás decir. En México un hay que hablar ya del exilio. Es allí donde hay que hacerlo. Ganar la batalla de los muertos, con la vida infatigable de un hombre que en todo ese tiempo no ha dejado de lucharla.

Parecería —lo mismo antes que ahora— una quijotería si fuera tan sólo una especie de terquedad testimonial. Pero no. Porque ese exilio y ese exiliado al que homenajeamos hoy hizo, mientras luchaba siempre por el triunfo de las ideas enarboladas en aquella guerra perdida, hizo, repito, una obra —mexicana y española— de maestro, de filósofo, de artista, de ideas que no perecerán.

Si no existiera Adolfo Sánchez Vázquez tendríamos que inventarlo. Él sólo es hoy el exilio republicano español de México, el de los que combatieron en nuestra guerra. Todos nos hemos ya desexiliado —como decía Mario Benedetti en un ensayo memorable. Pero las ideas ya no se desexilian, y el exilio es hoy una categoría definida de la historia.

Yo debería haber dedicado estos minutos de mi intervención a recordar mi vieja amistad con Adolfo, mi admiración, mi discipularidad; las reuniones de intelectuales mayores en las que hacía yo papel de pedante alevín; la vida con Rejano, con Buñuel, con Miguel Prieto, con León Felipe, con Joaquín Díez-Canedo, con Paco Giner, con Renau (pero también con Fernando Benítez, con Juan de la Cabada, con Carlos Fuentes, con Luis Villoro); nuestros encuentros en Cuba, en esa Cuba también nuestra, nuestros regresos a España, la vuelta siempre

a México, aquí a la Universidad, a la Facultad. El desexilio del que acabo de hablar, paulatino, vivo, consciente. Y el anudamiento cada vez más firme, más sólido, de esa amistad, de esa discipularidad, que es el acendramiento en las ideas del socialismo revolucionario que él no ha dejado jamás de defender y que es una de las herencias más valiosas que de él recibimos.